

EJÉRCITO Y PUEBLO DURANTE  
LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.  
NOTAS PARA EL ESTUDIO DE  
UNA SIMBIOSIS HISTÓRICA

José Manuel GUERRERO ACOSTA<sup>1</sup>

*No olvides esta hora, guardemos su memoria  
en nuestros anhelos y nuestras esperanzas  
que su relato despierte sentimientos pero ni una sola lágrima  
Y álcense cada brazo y cada pecho en venganza  
Hasta que entre las nubes brille el alba de la libertad  
Sobre las llanuras del olivo y las colinas del vino*

Felicia HEMANS (1797-1835): «Guerrilla song»

Publicaciones periódicas, libros, ensayos, biografías, catálogos páginas y artículos en Internet demuestran la profunda huella que la contienda de 1808-1814 dejó en el devenir de nuestra nación. Pero entre la ingente producción existente sobre la Guerra de la Independencia, especialmente la aparecida durante el bicentenario de 1808, se hace difícil seleccionar aportaciones valiosas.

Al mismo tiempo, resulta paradójico que sólo una ínfima parte de las recientes aportaciones se refieran directamente al sujeto propiamente dicho, esto es, a las operaciones militares, los combatientes, o la conducción de la guerra. ¿Cuáles son las razones para ello? Podríamos apuntar algunas, como la existencia de las obras de Gómez de Arceche y de Priego, que algunos consideran como definitivas, aunque no dejan de ser una síntesis necesitada de profundización en muchas de sus partes. Otra podría ser, y quizás no la menos importante, la dificultad de manejar e interpretar la ingente

---

<sup>1</sup> Teniente Coronel. Instituto de Historia y Cultura Militar.

documentación existente. Se conservan cientos de documentos –partes, estadillos, memorias o informes, de interés militar y no meramente político– diseminados en varias secciones del Archivo Histórico Nacional; otros en el archivo de Simancas, o en los del Senado y Congreso o el Palacio Real, mientras que los fondos militares se encuentran dispersos entre Segovia, Madrid, el Museo del Ejército en Toledo, o incluso archivos menores como en El Ferrol.

Otra razón que cabría aducir sería el desdén por la materia, proveniente de las corrientes historiográficas en boga en las últimas décadas del siglo XX, que han creído posible hacer historia sin estudiar la guerra, sin considerar que esta es un fenómeno consustancial al hombre. No es ajena tampoco la propia idiosincrasia española, nuestra tendencia a infravalorar éxitos, magnificar los fracasos, la atomización regional que ensalza personajes y hechos locales mutilándoles la necesaria perspectiva nacional. Y como trasfondo, una muy arraigada crítica sistemática a todo lo relacionado con la milicia, como el origen de todos los males. Por último, aunque no menos importante, la manipulación política de ciertos hechos históricos.

Así podemos apreciar como se ha pasado de magnificar la figura del guerrillero a considerar hoy nulo su papel durante la Guerra; como se confunden militares profesionales con improvisados, o como se ignoran razones tan básicas para la comprensión del devenir de la contienda como fueron las insalvables carencias españolas en preparación y financiación de las tropas. Por supuesto se soslaya que la conducción de la Guerra de la Independencia estuvo mediatizada –como ocurre siempre– por la dirección política de la nación, de tal grado en muchas ocasiones, que sólo puede calificarse como una interferencia constante en las operaciones militares. Ello puede verificarse al repasar los archivos mencionados, a los que cabría añadir el del Congreso de los Diputados, que conserva lo que respecta a la Junta Central y la Regencia, es decir, al poder ejecutivo durante la contienda.

Por último, no debe olvidarse la complejidad de dominar una materia como la historia militar, que lleva aparejado el conocimiento de variables tan diversas como los reglamentos, la táctica y la forma de emplearla por cada ejército, la idiosincrasia del combatiente, su moral, equipo, armamento, la orgánica de las diferentes unidades, la estructura de mando de las pequeñas y grandes unidades, los diferentes tipos y misiones de las mismas, etc. El hecho es que las carencias para el conocimiento de la historia militar de nuestra Guerra son abundantes. Una de las mayores es constatar como, mientras los británicos y franceses tienen biografiados

a sus generales, coroneles y otros personajes de la época, las de españoles son prácticamente inexistentes, al menos hasta que se publique el esperado Diccionario Biográfico de España de la Real Academia de la Historia.

Este artículo tiene por finalidad aproximarse a algunas de las cuestiones básicas necesarias para comprender el papel que jugaron el Ejército y el Pueblo Español durante la Guerra de la Independencia.

### ALGUNAS ACOTACIONES SOBRE EL RECLUTAMIENTO

*Y no es más pronto el resplandor del relámpago que lo fue el pronunciamiento de las tropas y el pueblo. (...) jamás se vio sentimiento más unánime; seis años de guerra acreditaron al mundo que tenía sus raíces en lo hondo del corazón...*

Agustín GIRÓN, marqués de las Amarillas. *Recuerdos*.

Dos días después de producirse el levantamiento armado en las calles de Madrid, el mariscal Murat, en virtud de su flamante título de *Lugarteniente del Reino* y presidente de la *Junta Suprema de Gobierno*<sup>2</sup>, envió una circular a todos los capitanes generales previniéndoles de que mantuvieran el orden público a la llegada de las noticias de los sucesos de la capital<sup>3</sup>. Sin embargo, en algunos lugares, a pesar de esta orden y de recibirse otras directas del Gobierno, estas noticias provocaron el inicio de movimientos contrarios a los ocupantes napoleónicos, como ocurrió en Badajoz, promovidos por el propio capitán general, el conde de Torre del Fresno. Pero no sería hasta finales de mayo o principios de junio cuando se produjo el alzamiento de manera generalizada en toda España. Paradójicamente algunas autoridades, como Torre del Fresno, fueron en ese momento consideradas tibias o sospechosas de *godoismo*, lo que les costaría la vida en el fragor de unas revueltas, que ahora sí eran de decidida iniciativa popular.

La declaración formal de Guerra de España a Francia lleva fecha de 6 de junio de 1808 y se firmó por la auto-titulada «Junta Suprema de Gobierno de España e Indias» establecida en Sevilla<sup>4</sup>. En un largo bando impreso ese día, se decretaba el alistamiento general de los mozos de 16 a 45 años, pero

<sup>2</sup> Concedidos según proclama impresa, difundida y fechada el 4 de mayo de 1808 en Madrid.

<sup>3</sup> Archivo Histórico Nacional (AHN), Estado, 46, 304.

<sup>4</sup> Archivo General Militar de Madrid (IHCM-AGMM). Colección documental del Fraile.

dividido en tres clases: una primera, o de voluntarios; la segunda, de casados y viudos sin hijos; y la tercera, que sólo se llamaría en caso de extrema necesidad, de casados y viudos con hijos, más los religiosos *ordenados menores* y *sirvientes necesarios* de iglesias. Además se recomendaba que las mujeres ayudaran en las tareas del campo, recomendación extensiva al clero secular y regular, en vista de «*la abundante cosecha que Dios nos ha concedido en el presente año*». La responsabilidad del alistamiento y de las exenciones a él, que se decretaba no debían existir salvo «*casos evidentes*», recaía en los ayuntamientos o juntas respectivas, no en el Ejército, aunque las órdenes se trasladaran vía Ministerio de la Guerra, y de este, a los Intendentes de provincia y a continuación a las autoridades locales. En donde no se dispuso lo contrario, las autoridades echaron mano de la *Real Orden en que S. M. establece las reglas que inviolablemente deben observarse para el reemplazo del Exército*, de 1800.

Mucho se ha escrito sobre la respuesta de los españoles a esta y las sucesivas ordenes de alistamiento, que se transmitieron en cada Reino por la autoridad existente, ya fuera Junta de defensa local o capitán general. Parte de la historiografía decimonónica, especialmente la dedicada a cultivar los mitos nacionales, así como la propaganda republicana de la Guerra de 1936-39 y también la de la posguerra del siglo XX, afirma haber existido una respuesta unánime y entusiasta del pueblo español contra el invasor. Hoy, al contrario, encontramos autores empeñados en negar cualquier atisbo de voluntarismo popular, y hasta quien en su afán revisionista desdeña todo esfuerzo y sacrificio. La realidad fue bastante compleja, y pasó de una respuesta entusiasta en un primer impulso, con sus excepciones, a una aplicación forzosa del alistamiento, que hubo de reiterarse muchas ocasiones durante los seis años de lucha, y que convivió con la desertión y el fenómeno de la guerrilla. Sin olvidar que en aquel levantamiento, en gran medida espontáneo de las clases más desfavorecidas, subyacía también el descontento social ante la corrupción del régimen *godoista*, las plagas, epidemias y miserias de los últimos años. Pero que esta no fue su única motivación, como ahora algunos se empeñan en proclamar.

Para calibrar cual fue la entidad de la respuesta de los españoles en los inciertos días del verano y otoño de 1808, nada mejor que echar un vistazo al número de unidades militares de nueva creación y las cifras de efectivos disponibles. Tomando como base únicamente el periodo que va del mes de mayo al de octubre de ese año, encontramos que se crearon 397 regimientos, tercios o batallones diferentes en toda la geografía nacional. En estas unidades, muy diversas y heterogéneas en su origen, se trató de seguir la pauta de la organización existente en la infantería y caballería. Los datos de efectivos



Distribución de escarapelas españolas en los primeros días del alzamiento antifrancés (F. Cuixart, Museo Comarcal de Manresa).

conocidos<sup>5</sup> y los que podemos estimar para las unidades de las que no los hay, en base a la organización que adoptaron (número de compañías/batallones/escuadrones creados) arrojan un total de 280.153 hombres alistados.

Además habría que contabilizar a aquellos reclutas que se encuadraron en los regimientos veteranos, esto es, los del *ejército permanente* que existía antes de la sublevación, al objeto de llenar unas plantillas que se encontraban endémicamente incompletas. Como muestra, se han estudiado las unidades veteranas que participaron en las dos campañas más significativas del verano de 1808, la de Bailén, con Cuerpos de guarnición en Andalucía, y la de Medina de Rioseco, con unidades de Galicia y las fugadas de Portugal. Al comparar los efectivos anteriores a mayo de 1808 con las de julio o septiembre, se observa que son relativamente pocas las que experimentaron aumento, lo que indica que sólo un pequeño número de reclutas se destinaron a los Cuerpos Veteranos, en contradicción con las versiones hasta ahora más extendidas. En total, unos 3.500 hombres se destinaron para alcanzar la *plantilla de guerra* de los Cuerpos de Andalucía, mientras que otros 2.900 hombres lo hicieron en Galicia. Los datos disponibles permiten constatar como no se enviaron reclutas a reforzar los regimientos provinciales ni los de caballería. En el primer caso, por ser cuerpos que se nutrían de unos cupos fijados a cada ciudad y pueblo en tiempo de paz, y no se consideró oportuno aumentar la carga a esas localidades o mezclarlos con reclutas de otras procedencias. En el segundo probablemente ante la resistencia de sus jefes respectivos a mezclar jinetes improvisados con unos combatientes que necesitaban mayor especialización que en la infantería, y el temor al desorden que podían producir en una formación frente al enemigo unos caballos mal dirigidos, problema que de hecho experimentaría nuestra caballería en numerosas ocasiones durante la Guerra.

La suma de ambas cifras arroja un número de alistados en estos primeros meses de la guerra de 286.553 hombres. Aún habría que sumar a los que se unieron a la lucha encuadrados en el *Somatent* catalán.

A finales de junio la Junta de Defensa del Principado de Cataluña, llamó a la movilización de los hombres entre 16 y 40 años, utilizando el modelo de la Guerra contra la Convención de 1795, y los contingentes por corregimientos previstos en un reglamento de alistamiento promulgado para Cataluña en 1806. Los menores de 35 años se emplearían en formar los Migueletes (milicia irregular permanente) o reforzar el Ejército; mientras los mayores de esa edad para los Somatenes (reservistas temporales orga-

---

<sup>5</sup> Los datos más fiables proceden de SAÑUDO BAYÓN, J.: *Base de datos de unidades de la Guerra de la Independencia*, Ministerio de Defensa, 2007, recopilación de datos y efectivos recogidos en diversos archivos durante más de 30 años de investigaciones.

nizados en batallones). El número de efectivos que se alcanzó es difícil de precisar, y según las fuentes disponibles estuvo entorno a los 23.000 hombres, no alcanzándose los 26.554 previstos en la distribución que la junta del principado estableció por Corregimientos<sup>6</sup>. Según los datos de Sañudo para el periodo que estamos considerando, constan unos 19.648 hombres en los Tercios de Migueletes, que por cierto fueron de las primeras unidades formadas en España a mediados de mayo de 1808. Al restar de los 23.000, quedarían otros 3.400 catalanes que corresponderían a los alistados en el *Somatent*. El resto de voluntarios irregulares no puede precisarse.

De las cifras reales, más las estimadas, calculadas con criterio conservador, resulta que al llamamiento efectuado en toda España entre mayo y noviembre de 1808 respondieron 289.953 hombres. Recordemos que la nación contaba con unos 695.000 hombres útiles y en edad para el servicio militar según datos del censo de 1802<sup>7</sup>.

#### UNA MOVILIZACIÓN SIN PRECEDENTES

*Los patriotas son la gente mas fácil de engañar, pero la mas difícil de derrotar.*

Anónimo

¿Cuántos de estos reclutas de 1808 fueron verdaderamente voluntarios y cuantos forzosos? Sabemos que desde fechas muy tempranas tanto en Andalucía como en Castilla la Vieja fue necesario promulgar bandos para obligar a los reacios a presentarse. Pero también sabemos que hubo lugares donde la respuesta fue masiva. En Valladolid, y según datos de su diario, la tarde del 2 de junio en que el general Cuesta decretó la movilización, se alistaron 1.500 hombres y al día siguiente 2.000 paisanos de los pueblos circundantes, que fueron enviados a Palencia. En realidad sólo había equipamiento para 800. Ávila solo enviaría en noviembre hacia la capital un batallón, el único que se consiguió armar. En Salamanca, el pueblo de Béjar aportó 300 alistados a finales de julio. Del resto de la provincia, se organizaron cuatro batallones –Tiradores de Ledesma, Alba de Tormes, un escuadrón de lanceros y dos batallones de la capital– con algo más de unos 3.000 efectivos sobre unos

<sup>6</sup> Véanse los excelente trabajos de MOLINER, A.: *La Catalunya resistent a la dominació francesa*, Barcelona, 1989, y *L'organització de la resistència a Catalunya en la Guerra del Francès* (Congreso, Barcelona, 2005). CLONARD da una cifra de 21.220 hombres.

<sup>7</sup> Véase la aproximación a la cuestión que intenta PUELL, F.: «El reclutamiento y la movilización» en *La Guerra de la Independencia, una visión militar*. Zaragoza 2009.

6.438 varones útiles, mientras que Soria formaría un regimiento y dos batallones de *numantinos*. Más completa fue la respuesta de León, donde llegaron 8.150 fusiles y cinco millones de reales de ayuda británica vía Asturias, lo que facilitó la organización de las unidades. Se sabe que de los más de 6.300 hombres reclutados armados y equipados en julio, 836 tuvieron que ser sacados a la fuerza de sus hogares, lo que da un 88% de voluntarios<sup>8</sup>.

En Málaga capital, el 2 de junio comenzó el reclutamiento, y al día siguiente ya había 1.100 mozos alistados. El día 3 salieron varias partidas armadas para Sevilla (500 con el regimiento de La Reina, 300 *con escopetas* al mando del teniente coronel retirado José Sanz, 700 al mando del también retirado José Moreno, y 300 armados *de escopeta y cuchillo*, al mando de Vicente Abelló hacia Córdoba). Más adelante se completaron los regimientos de Vélez-Málaga, Guadix, Patria y Málaga nº 2. La mayor parte fueron voluntarios. En la comarca de Morón, provincia de Sevilla, destacan los datos del alistamiento del pueblo de Puerto Serrano, localidad de un millar de habitantes, donde se presentaron 311 voluntarios a principios de junio, mientras que en la propia Morón, con diez mil habitantes, habían comparecido sólo 312<sup>9</sup> hombres de forma voluntaria.

En Cataluña las cifras mencionadas presentan un elevado porcentaje de voluntarios. Según los datos disponibles, la mayoría de los voluntarios tenían entre 16 y 25 años, y en cuanto a su procedencia social, eran los agricultores (labradores más que jornaleros) y los artesanos, los que componían a partes iguales la mayoría de los efectivos. En Madrid, el Primer Regimiento de Voluntarios de Infantería estaba completo con 1.500 hombres el día 2 de septiembre, apenas quince días después de fundarse, y el de caballería se completó con unos 800 hombres a mediados de octubre, aunque como en tantos casos, la falta de caballos motivó que a mediados de noviembre la unidad aún no podía salir a campaña<sup>10</sup>. Hubo problemas para completar el 2º de Infantería, no consiguiéndose hasta el mes de noviembre, con un elevado porcentaje de forzosos en sus 1.200 efectivos. Ello da cuenta de que en Madrid los voluntarios de 1808 habrían estado entorno al 80%. Otro problema fue también conseguir fusiles para la infantería, para lo que se efectuó una requisición en la provincia de todo tipo de armas validas para un uso militar, al parecer con pocos resultados. Este problema se presentó en todos aque-

---

<sup>8</sup> Datos aportados en el estudio de GARCÍA FUERTES, A.: «La división leonesa del Ejército de Castilla». *Congreso ocupación y resistencia en la Guerra del Francés*, Barcelona 2005, y en *II Ciclo de conferencias, Asociación los Sitios*, Zaragoza 2008.

<sup>9</sup> Datos del Archivo Municipal de Morón recogidos por FRASER, R: *La maldita guerra de España*. Barcelona 2006, cap. 8.

<sup>10</sup> AHN, Consejos, 5517, exp. 1.



llos lugares de España donde no había depósitos o almacenes de armas del Ejército, dificultando el esfuerzo de la movilización.

En el principado de Asturias, primer reino en declarar la guerra a Francia, se formó un ejército mediante un llamamiento entre los meses de junio y agosto, además del sistema de *Alarmas* o milicias locales organizadas por concejos (su papel en la guerra fue simbólico). El número de voluntarios fue elevado, aunque al asignar la Junta cuatro reales para subsistencias por mozo, los fondos disponibles se agotaron rápidamente, y se hizo necesario despedir a todos los «*viejos, casados y jóvenes con manifiesta incapacidad para el manejo de las armas*»<sup>11</sup>. La fuerza disponible, que debió llegar a los casi 20.000 hombres inicialmente, en el mes de octubre era de unos 8.600 voluntarios divididos entre los 6.300 hombres<sup>12</sup> de la división expedicionaria y los 2.300 hombres<sup>13</sup> de los regimientos en formación a las órdenes del general Ballesteros, además de 1.400 de unidades veteranas.

En el País Vasco, zona de tránsito del invasor y ocupadas militarmente sus ciudades principales desde antes de mayo de 1808, se produjo un intento de levantamiento en Bilbao, reprimido duramente por los imperiales. No hubo resistencia organizada antes de que las guerrillas de Longa comenzaran a operar a finales de 1809, y los Voluntarios de Álava y Guipúzcoa se crearon en 1810, aunque hubo vascos enrolados en los otros ejércitos.

Por su parte en el reino de Aragón, a mediados de agosto existían unos 10.000 voluntarios. En el municipio de Ejea de los Caballeros<sup>14</sup>, al llamamiento efectuado por Palafox en junio, respondieron 180 mozos en el primer día, mientras que algo más tarde se unieron de forma más o menos forzosa otros 142. Ello significa un 58% de voluntarios. Pocos días más tarde, se amotinaron al haberse agotado los víveres previstos, exigiendo mayor salario diario. Otros 20.000 hombres respondieron al llamamiento en el reino de Valencia y Murcia. En Talavera de la Reina, y por los documentos conservados en su archivo municipal<sup>15</sup>, se sabe que de un número de 784 solteros y casados sin hijos, se alistaron 652 los primeros días de junio, formándose después el Regimiento de Voluntarios leales de Fernando VII, que en diciembre se componía de 1.300 hombres de la

<sup>11</sup> ÁLVAREZ VALDÉS, R.: *Memorias del levantamiento de Asturias en 1808*. Gijón, 1988.

<sup>12</sup> *Estados de organización y fuerza de los ejércitos españoles beligerantes en la Península, durante la guerra de España contra Bonaparte arreglados por la sección de historia militar*. Barcelona, 1822.

<sup>13</sup> SAÑUDO: *Base de datos de unidades de la Guerra de la Independencia* (Regs. de Navia, Llanes, Infiesto, Pravia, y Covadonga).

<sup>14</sup> II Ciclo de conferencias, Asociación los Sitios, Zaragoza, 2008.

<sup>15</sup> *Talavera 1809, la batalla la ciudad y sus gentes*. Ayuntamiento de Talavera, 2009. Págs 44, 130 y sigs.

villa y comarca. En la provincia de Extremadura<sup>16</sup> se reclutaron algo más de 8.000 hombres en aquellos primeros momentos, y eso a pesar de que en muchas partes, los campesinos se encontraban en la indigencia, lo que acentuó la resistencia al alistamiento, que se desataría en mayor grado en los meses posteriores.

Algunos historiadores se empeñan en realzar el hecho de que en casi todos los lugares, los hijos de las familias más acomodadas no respondieron a la llamada. Pero parecen olvidar que en aquella sociedad aún heredera del Antiguo Régimen estas clases nunca servían en la tropa. Como pudo comprobar el joven Alcalá Galiano cuando pretendió unirse el 2 de mayo a una partida en las calles de Madrid<sup>17</sup>, los propios menestrales veían como impropio que un señorito de las clases altas luchara a su lado. En muchos lugares los nobles se postularon para los cuadros de mando de las nuevas unidades, y los de mayor capacidad económica –ya sabemos cuan frecuente eran las familias de título arruinadas– costearon la organización y equipo de algunas de ellas, como el duque de Fernán Núñez y su regimiento de caballería de Fernando VII. No obstante, algo más avanzada la contienda, a medida que las ideas liberales de *la nación en armas* fueron ganando terreno, se reclamaría que todas las clases contribuyeran al «impuesto de sangre», ante el hecho constatable de que muchos de los más favorecidos socialmente no se habían unido al ejército.

Como resumen de la situación que se produjo en el verano de 1808, cabe coincidir en lo apreciado por Fraser: «La juventud trabajadora de España se volcó en masa a luchar contra Napoleón». Quince años antes, la movilización para la guerra contra la Francia de la «Convención Nacional», se produjo en el marco de un estado de opinión muy favorable contra una nación considerada regicida y anticristiana y a pesar de levantarse numerosas unidades de voluntarios, el esfuerzo que realizó la población española no puede considerarse más que meramente testimonial y muy limitado a las provincias más afectadas por las operaciones, Cataluña y el País Vasco. Inicialmente podría hablarse de unos 16.000 voluntarios y según diversas estimaciones se habría llegado incluso a los 40.000 reclutas de diversa procedencia, con un máximo de 100.000 reclutados durante los 3 años que duró el conflicto.

Para valorar ciertos parámetros se impone la comparación. Si las cifras dadas más arriba se confrontan con las disponibles en los últimos estudios sobre la conscripción en Francia<sup>18</sup>, el resultado es sorprendente. Cuando es-

---

<sup>16</sup> *Estados de organización y fuerza...*

<sup>17</sup> ALCALÁ GALIANO, A.: *Memorias*, Biblioteca de autores españoles nº 83. Madrid, 1957.

<sup>18</sup> PIGEARD, A.: «La conscription sous le Premier Empire» en *Revue du souvenir napoléonien*, núm. 420, 1998.

talló la guerra contra la Primera Coalición en el verano de 1792, la Convención francesa realizó un llamamiento para reclutar 300.000 hombres entre 18 y 40 años de edad, el famoso ciudadano-soldado. Esta leva no consiguió movilizar más de 165.000 efectivos. Y la tan famosa *levée en masse* decretada en agosto de 1793 consiguió levantar en armas a lo largo de un año no mucho más de unos 425.000 hombres, muy por debajo del millón previsto, y todo ello no olvidemos que en un país con más del doble de habitantes que el nuestro. Como vemos, la respuesta de los españoles ante la invasión napoleónica fue mucho más significativa. Puede considerarse como la mayor movilización de voluntarios que se ha dado en la historia de España, y por supuesto, en la Europa de las invasiones napoleónicas. Como ejemplo de las versiones despectivas a que me refería, el historiador británico Esdaile, desconociendo las cifras, afirma: «*Es cierto que hacia el mes de noviembre quizás unas 100.000 tropas nuevas se habían reunido a duras penas, pero, aún así son unas cifras nada impresionantes comparándolas por ejemplo con el esfuerzo de la Francia revolucionaria de 1793-94*». ¿Cabe decir esto de los casi 290.000 españoles alistados, en gran parte voluntariamente, del verano-otoño de 1808?

Debe considerarse cómo el número de reclutas desbordó todas las posibilidades del sistema. No había ni vestuario ni armas ni dinero para atender a todas las necesidades inherentes a la entrada en servicio de tal número de unidades. Por ello, se dio la circunstancia de tener que hacer volver a sus hogares a muchos hombres a los que no se podía armar ni alimentar ni alojar, mientras que poco después se haría necesario volver a llamarlos, malgastando inútilmente aquél entusiasmo inicial. En este contexto han de contemplarse los motines de algunos voluntarios como los ocurridos en Aragón o en Asturias, a los que se había prometido paga y comida, y sólo se les proporcionó un par de días, dejándoles a continuación casi en el abandono. Aquella movilización se hizo con poco orden y casi ningún concierto, como cabía esperar del vacío de poder y del fraccionamiento del esfuerzo en un territorio ocupado. Los primeros meses de combates y las primeras derrotas, como Medina de Rioseco –aunque atemperada por el excesivo entusiasmo que suscitó la victoria de Bailén–, junto a las catástrofes de Espinosa, Tudela y Uclés, además de acabar con los restos de las unidades veteranas, destruyeron los ejércitos de voluntarios levantados por las juntas.

Ninguna nación en la edad moderna o contemporánea ha acudido en masa voluntariamente para ir a la guerra, salvo contadísimas excepciones. Francia tuvo durante el Imperio un número de *refractarios a la conscripción* que osciló entre el 27 y el 10 por ciento de los reclutas, aun



Un alistamiento patriótico en Asturias en 1808 según una estampa decimonónica.

con la existencia de severas penas, castigos sociales a las familias de los desertores y la promulgación de varias amnistías. En algunos momentos fue tan acusada que Bonaparte ordenó la organización de batallones de *conscriptos refractarios*. En Gran Bretaña la impopularidad del servicio voluntario en el ejército, obligó a promulgar las leyes de reclutamiento forzoso de 1803 y 1806, aunque la mayor parte de los reclutas sirvieron en la Royal Navy. El Ejército Peninsular de Wellington, compuesto como todo el ejército en gran número por los elementos más indeseables de la sociedad, nunca tuvo más de 69.000 hombres, y eso haciendo amplio uso de extranjeros y nativos. En la batalla de Vitoria más de la mitad de sus efectivos habían nacido fuera de las Islas Británicas, incluyendo a los reclutas españoles en sus filas. En la Guerra entre los EE.UU. e Inglaterra, de 1812, y pese a las previsiones del Congreso norteamericano, que pretendió levantar un ejército de 400.000 hombres, nunca se pudo llegar a los 200.000 alistados.

Tras ser casi destruido en la batalla de Gamonal y en la línea del Tajo en el invierno de 1808, el ejército de Extremadura fue reorganizado y completado por el general Cuesta para la campaña de Medellín, alcanzando hasta 28.000 hombres. Aniquiladas físicamente estas fuerzas en una sangrienta carnicería al final de la batalla, consiguió reconstruirlo aún con mayor número de efectivos para la campaña de Talavera del mes de julio, y llegó a reunir otros 35.000 hombres. El Ejército del Centro, perdió varias divisiones en Uclés en enero de 1809. Después de ser reorganizado tras las derrota de Ciudad Real, contaba con unos efectivos de 27.000 hombres en junio de 1809. Tras ser destrozado en Almonacid en agosto, vuelve a presentar batalla en Ocaña en noviembre, siendo capaz mediante la reunión de los dispersos y el alistamiento alinear 57.000 hombres. Si es cierto que ahora los reclutados lo fueron mayoritariamente a la fuerza, resulta cuando menos sorprendente la insistencia de algunos autores por obviar este esfuerzo y resaltar los ejemplos negativos.

Aun con todas las dificultades de suministros que provocaron las circunstancias del conflicto en la Península Ibérica, el Ejército Imperial y sobre todo el británico, se hallaban vestidos y equipados con cierta regularidad. Muy al contrario, lo que el recluta español encontraba en el Ejército era el hambre, la miseria y la carencia de equipo y armamento. Esta fue la realidad de los ejércitos españoles durante casi toda la Guerra. Ello explica en gran medida la sucesión de bandos y proclamas que fue preciso promulgar llamando al reclutamiento, y la consiguiente resistencia de la población a servir en aquellas condiciones de miseria. Los engaños

y corruptelas para librarse del servicio fueron comunes, y no pocos los casos en que hubo que condenar a las autoridades civiles locales responsables del reclutamiento que las consentían cuando no fomentaban. Medidas tan enérgicas como las tomadas por el duque de Alburquerque durante la campaña de Medellín, mandando colocar en primera línea de batalla al alcalde y secretario de un pueblo extremeño «*que se había hecho famoso por acoger y esconder desertores*»,<sup>19</sup> no lograban terminar con el problema. Los uniformes llegaban a muy pocos soldados, dificultando aún más poderles imbuir un mínimo espíritu de cuerpo, lo que contribuía a que se produjera la más que probable fractura en su moral, y como consecuencia, la derrota. Además los imperiales se ensañaban especialmente con los prisioneros y heridos no uniformados, aunque llevaran la escarapela encarnada o aquellos brazaletes rojos con la leyenda «*Viva Fernando 7º*» como único distintivo de combatiente. Los ejemplos abundan. En la citada batalla de Medellín, además de ensañarse con heridos y prisioneros, el mariscal Víctor ordenó fusilar a 400 soldados españoles, casi todos heridos, que vestían trajes de campesino,<sup>20</sup> con la excusa de que eran guerrilleros. De ahí la consideración de *brigands* o bandidos a los combatientes españoles y la resistencia de Bonaparte a reconocer la importancia de la guerra de España.

La imposibilidad de formar un ejército colaboracionista, en las filas del estado josefino fue patente. La recluta fue forzosa o compuesta en gran proporción por individuos indeseables, siendo muy frecuente el comportamiento indigno de los oficiales, y las deserciones constantes. El 19 de julio de 1809, se promulgó un decreto por el que todo aquel que tuviera hijos sirviendo en el ejército *insurgente* debía proveer a su costa un soldado al ejército josefino o depositar un importe equivalente en la Real Hacienda. A pesar de todas las medidas coercitivas y represivas, no se conseguiría la adhesión de los españoles al bando josefino. Cabe decir, que aún estando lejos de aquel supuesto entusiasmo nacionalista que publicitaría la historiografía decimonónica y la de la posguerra del veinte, el esfuerzo realizado por el pueblo español en la lucha contra la invasión, no tuvo parangón en la historia.

---

<sup>19</sup> WHITTINGHAM: *A Memoir of the services of Sir Samuel Ford Whittingham*. Londres, 1868, pág 63.

<sup>20</sup> El incidente lo recogen VON HOLZING, K.: *Unter Napoleon in Spanien* (Cortesía de D. Jesús Maroto) y SCHEPELER: *Histoire de la revolution d'Espagne et de Portugal*, tomo III.

*DEVANEOS POLÍTICOS EN LA CONDUCCIÓN DE LA GUERRA*

*Nunca lles a la batalla campal a un soldado si no ves que tiene expectativas de victoria.*

Flavio VEGECIO RENATO, *Compendio de técnica militar*. Libro III

A pesar de todas las circunstancias adversas mencionadas anteriormente, o mejor dicho, sobreviviendo con ellas, el Ejército Español continuó la lucha mediante los efectivos que le proporcionaron las sucesivas movilizaciones de miles de hombres decretadas por el poder ejecutivo. Se intentaron efectuar operaciones de gran envergadura que estaban condenadas al fracaso casi desde el principio. Tras la victoria de Bailén se instauró una Junta General Militar el 8 de septiembre de 1808, que se reunió en Madrid mientras las diversas juntas provinciales trataban de ponerse de acuerdo en la formación de lo que después se llamaría la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino. En dicha reunión<sup>21</sup> se acordó operar ofensivamente en línea con los tres ejércitos disponibles, Centro, Izquierda y Aragón, (ya que el de Castilla apenas tenía fuerza y el de Cataluña se dejó en su zona, urgiendo al de Extremadura que se incorporara lo antes posible) reunidos bajo el mando de Castaños, contra los cuerpos franceses situados tras la línea del Ebro. Aunque la Junta Suprema adoptó inicialmente el asesoramiento de dicha Junta Militar, pronto asumió la dirección de las operaciones, y el plan resultó drásticamente modificado, al segregarse del mando las dos alas –Ejércitos de la Izquierda y de Aragón– resultando completamente desbaratado con la ofensiva de Napoleón en noviembre. La Junta Central continuaría en su empeño de dirigir grandes operaciones militares durante todo el año 1809, consiguiendo entablar múltiples batallas, casi todas de resultado adverso. Al mismo tiempo evitaba el nombramiento de un mando único, que por lógica y por antigüedad debía haber recaído en la persona de Castaños. Decisión que sorprendió a los mismos británicos, como al enlace ante la Junta, Lord Bentick<sup>22</sup>.

En realidad, puede decirse que la autoridad política recayó en manos de una oligarquía cuya actitud ante los militares se caracterizó por un injustifi-

<sup>21</sup> El tema lo trata el general Cuesta en el *Manifiesto que presenta a la Europa*. En la reunión estuvieron los generales Cuesta, Llamas, Castaños, Infantado representando a Blake y un representante de Palafox.

<sup>22</sup> «El gobierno español ha llegado a la extraña decisión de hacer cada mando independiente y separado entre sí (...) el no nombramiento del general Castaños como comandante en jefe es lo más extraordinario ya que no tenía competidor (...) y era lo más deseable ya que sus muchas grandes y buenas cualidades aseguran la mejor armonía». Bentick a Burrard, 2 oct 1808, citado por ES-DAILE: en *Wellington and the command of the Spanish Army*, cap. 2. Año 1990.

cado recelo y desconfianza. La dirección de la guerra se efectuó, no por la denominada Comisión o Sección Militar, que compuesta por profesionales se formó en el seno de la Central, y cuyas misiones eran administrativas –organización, nombramientos y ascensos–, sino por la presidencia y secretaría de la Junta primero y por la Sección Ejecutiva después. Antes de que este último organismo fuera instituido en octubre de 1809, la dirección de las operaciones la llevaba el presidente de la Junta, el secretario y varios vocales civiles<sup>23</sup>. Pero desde el mismo momento de su instauración, «los centrales» se arrogaron la dirección de las operaciones. Castaños, el militar de más antigüedad y prestigio tras la victoria de Bailén, dejó de ser considerado útil tras su enfrentamiento con la Junta de Granada, cuando ésta pretendió quitarle las tropas que le había enviado, y más tarde ante su oposición a unas operaciones descabelladas pergeñadas a cientos de leguas de la realidad del frente. Para sustituirle al frente de la Junta Militar, la Central designó al marqués de La Romana<sup>24</sup>, de ganado prestigio por el episodio de la fuga de Dinamarca, que no pudo reaccionar ante la catástrofe que se produjo a la inmediata entrada de Bonaparte en España y las derrotas subsiguientes. Posteriormente se enfrentaría sucesivamente con la Junta de Asturias, la de Galicia y la de Extremadura, siempre con el denominador común de no proporcionarle los medios materiales que necesitaba para la guerra y la interferencia constante en el desarrollo de sus operaciones. Ya sin Junta Militar, el relevo de generales que se oponían a los designios de la Central fue constante –Castaños, Cuesta, Galluzo, Belveder y el largo rosario de todos los del ejército de Cataluña– para poner a otros más dóciles: Blake, Areizaga, O'Donnell, etc. Como diría Castaños en su Memoria justificativa: «*La voz traición ya no significa lo que antes: traidor es un General que no ataca cuando se le antoja a un soldado, o a un cualquiera que está a 200 leguas del enemigo; traidor si retira el ejército para evitar que sea envuelto; traición, se dice, si alguna vez falta pan al soldado; traición si el enemigo ataca y traidores los jefes si se pierde una acción...*».

La situación continuaría durante el año 1809, produciéndose numerosas derrotas. En Uclés en enero, al recibir el duque del Infantado ordenes de atacar a los franceses para liberar Madrid, con un ejército que en sus mismas palabras recibió «*arruinado, con sus tropas presentando la peor de las apa-*

<sup>23</sup> Ver MARTÍNEZ DE VELASCO, A.: *La formación de la Junta Central*. Pamplona, 1972, Pág. 205. y AHN, Estado, 1 F, 14 A, 8 B. También: Archivo del Congreso (ACD), *Memoria documentada acerca de las operaciones del ejército y disposiciones tomadas para sostener la guerra*. Legajo 2º, Secc III. (agradezco a D. J. SAÑUDO las aportaciones de su estudio inédito sobre esta documentación proporcionada por cortesía de Dña. Marta Ruíz).

<sup>24</sup> Fue designado el 8 de noviembre de 1808 jefe de los ejércitos de la Izquierda y del Centro. (ACD, *Memoria...*).





Wellington escribiendo uno de sus «Dispatches» durante la guerra en la Península Ibérica.

*riencias. Algunos estaban completamente descalzos, otros casi desnudos y todos afectados por un hambre atroz. Parecían más almas en pena que hombres dispuestos para defender a su patria».* Medellín en marzo, al recibir el general Cuesta órdenes reiteradas de la Junta de atacar para detener la invasión de Extremadura, con un ejército formado apenas dos meses antes. Por si fuera poco, la campaña le valdría la fama de sanguinario con que, entre otras lindezas, se le ha inscrito en la larga lista de monstruos españoles de la historiografía británica, atribuyéndosele el fusilamiento de desertores de la batalla de Talavera, por cierto, orden expresa de la Junta<sup>25</sup>. Continuarían estas intromisiones políticas en cuestiones tan específicas como la voladura de los puentes sobre el Tajo. La Central seguiría a la búsqueda de un militar que poner al frente de los ejércitos, sin encontrar a uno que fuera proclive a sus designios. Todo culminaría con la peor derrota de todas, Ocaña, en el mes de noviembre, cuando se puso el mando del ejército más potente formado hasta entonces a las órdenes de Areizaga, un general sin la experiencia necesaria. La situación se repetiría durante la época de la Regencia y las Cortes, entonces con la interferencia cada vez mayor de los intereses británicos. Así lo prueba que en 1811 el oficial Cabanes, quizás el más lucido de nuestros pensadores militares de la Guerra, recomendara encarecidamente «*que nadie pueda atreverse a dexas de hacer lo que se le mande, y sin que ninguna junta o corporación, de cualesquiera especie que sea pueda intentar tener influxo en la determinación de las operaciones*».

A partir del desastre de Ocaña, que junto a la pérdida de Andalucía, ocasionó la caída de la Junta Central, se decidió optar acertadamente por una estrategia de pequeños combates. Al tiempo que el reclutamiento se hizo de manera más pausada, fue la Regencia la que dirigió las operaciones, siempre subordinada a las Cortes constituyentes. Si los recursos ya eran magros, las sublevaciones en las provincias de Ultramar produjeron un descenso acusado en los ingresos procedentes de América, que disminuyen hasta unos 300 millones de reales. Se fomentó la guerra de guerrillas, si bien se trató de encuadrar sus operaciones en las de los ejércitos que se encontraban en su zona de actuación. Todo este esfuerzo para encuadrar, equipar, instruir y llevar a combate contra el invasor contingentes elevados de hombres, tuvo como protagonistas a decenas de miles de españoles. Hoy sabemos poco de sus identidades, pero formaron parte de las unidades regulares, las partidas o

---

<sup>25</sup> Archivo Congreso de los diputados, serie general, legajos 1 y 2, carta de M. de Garay a Cornel, 2 de agosto de 1809. Sólo hay constancia de 25 ajusticiados (ver: *1809 Talavera, la ciudad y sus gentes*, Talavera 2009, págs. 284 y 285 docs. del archivo particular J.L. Reneo), aunque al repetirse las ejecuciones a medida que se aprehendían desertores en días posteriores, la cifra debió ser algo mayor.

las guerrillas, como tropa o como oficiales de nuevo cuño, en una simbiosis pueblo-ejército como nunca se había visto y nunca se volverá a dar en la historia de España. El mérito de los militares y civiles que persistieron en el empeño de oponerse al invasor, en medio de dificultades y resistencias sin cuento, sólo puede calificarse como admirable, aunque el camino elegido por los líderes políticos fuera tortuoso.

*BRITÁNICOS Y ESPAÑOLES: DOS CONCEPTOS DIFERENTES  
DE LA MISMA GUERRA*

*Honremos a una nación que ha obrado más que todas las demás naciones de Europa, y a un país que, aunque cubierto de tropas francesas hace ya mas de dos años, no se ha sometido aun al enemigo, sino que persiste invencible en su oposición y resistencia.*

Henry WELLESLEY, cámara de los comunes,  
sesión del 12 de febrero de 1811.

Hoy día sigue siendo necesario comentar como la historiografía británica decimonónica, muy ligada a las élites políticas y siempre ávida de éxitos editoriales, dedicó enormes esfuerzos a ensalzar el papel propio en la contienda contra Bonaparte en España a costa de desprestigiar el de los españoles. Los nombres de Londonderry, Clarke o Southey, son conocidos por distinguirse especialmente en este afán. En el año 1828, el teniente coronel Napier, publicó en Gran Bretaña su famosa obra, en cuyo primer tomo pueden leerse valoraciones como: «*Ningún esfuerzo grande y general habían hecho los españoles para expulsar a los invasores*»; o «*Desde que las fuerzas británicas se presentaron en campaña, las españolas dejaron de operar como principales*». José Canga Argüelles, destacada figura liberal, rebatió en dos libros impresos en 1829 y 1830 desde su exilio londinense, el contenido de esas publicaciones<sup>26</sup>. Ya sabemos que no tuvo éxito en su empeño, pues la versión británica ha continuado ganando popularidad durante mucho tiempo, a pesar de otras obras como la monumental de Gómez de Arteche a finales del siglo XIX, incluso la de algunos ingleses, como los últimos trabajos de Oman o la de Gates<sup>27</sup>, ya en la segunda mitad del siglo XX. Como ya he dicho en alguna ocasión, si puede entenderse que la corriente nacionalista

<sup>26</sup> CANGA ARGÜELLES: *Observaciones sobre el tomo segundo de la Historia de la Guerra de España que escribió en Inglés el teniente coronel Napier*. LONDRES, 1830.

<sup>27</sup> GATES, D: *La úlcera española*. Historia de la guerra de la Independencia. Madrid, 1987.

en boga en una época, explique ciertas versiones de la historia, muy poco disculpable es la existencia de historiadores británicos que sigan manteniendo las mismas tesis en pleno siglo XXI, y que la mayor parte lo hagan sin haberse leído ni un libro español. Pero más triste aún es el hecho de que no pocos españoles les den crédito. Fue el hispanista Elliot quien escribió que «*Si no se puede pedir a un historiador que sea neutral, hay que exigir que al menos sea honesto*».

En el verano de 1809, los británicos al mando de Wellington tras recibir repetidas peticiones de ayuda de las autoridades políticas españolas, colaboran en la campaña del Tajo, y se ven forzados a dar batalla junto a los españoles en Talavera. A los dos hermanos Wellesley, Arthur el general y el ministro plenipotenciario, hay que reconocerles el mérito de convencer a su gobierno para que mantuviera el ejército británico en la Península en 1809, frente a las opiniones contrarias del ministro de la guerra Castlereagh. Lo que no está tan claro es hasta que punto fueron los intereses personales los motivos que les impulsaron a ello. Ya a primeros de año, ante la petición de refuerzos del general, el gobierno le había sugerido que aumentar la importancia del contingente británico en España aparejaba sustituirle por alguien de mayor prestigio. Una vez conocidas las noticias de la derrota austriaca en los campos de Wagram, el gobierno británico ordenaría el embarque de sus tropas expedicionarias de Nápoles, y poco después lo harán las de Holanda, tras sufrir un serio revés frente a Walcheren. Estos hechos coinciden en el tiempo con la retirada que ordena Wellington a sus tropas de la campaña de Talavera. La excusa que pondrá el flamante *Lord* en sus *Dispatches* y siempre que tenga ocasión a posteriori, será la falta de apoyo logístico de los españoles, así como su incapacidad para operar en el campo de batalla. En realidad, aquello se convertiría en la segunda «espantada» británica: la primera se había producido en el mes de diciembre anterior cuando Moore y sus tropas se embarcaron en la Coruña sin intentar defender Madrid ni apoyar al Ejército de la Izquierda, que tuvo que sacrificarse para cubrir su retirada. En el trasfondo, estaba la lucha entre el citado Castlereagh y el ministro de exteriores Canning, sobre si el esfuerzo principal contra Bonaparte debía hacerse en Holanda o en la Península, que terminaría con la victoria de las tesis del primero y el consiguiente desastre de la expedición de Holanda.

En abril de 1810 Wellington exhortaba a resistir a los defensores españoles de Ciudad Rodrigo ante la ofensiva del mariscal Massena sabiendo que nunca podría apoyarlos. Al mismo tiempo que la guarnición española de la plaza resistía a las órdenes del general Herrasti, el Lord impartía órdenes para embarcar precipitadamente su ejército en Lisboa, salvándose en última instancia gracias a la imposibilidad de las tropas francesas de mantenerse en

un país esquilmo, y con el concurso de la inteligente disposición defensiva que Wellington había preparado en la línea fortificada de Torres Vedras.

A finales de 1810, cuando la situación de la plaza de Badajoz era muy precaria ante el avance del Ejército Francés de Andalucía del mariscal Soult, Wellesley aconseja al general Mendizabal, del débil 5º Ejército Español, situarse cerca de la frontera, al tiempo que desoye las reiteradas peticiones de socorro para reforzarle y ayudar a la ciudad sitiada. Es el cuarto abandono a los aliados españoles. Como consecuencia se produjo el aplastamiento de los españoles en los campos del Gévora y la posterior caída de Badajoz. Entonces el inglés comprendió su error al encontrar peligrosamente descubierto su flanco derecho. Cabe añadir, que en la génesis de todas las operaciones emprendidas a instancias del poder político por el ejército español en la zona occidental (Ciudad Rodrigo-Badajoz-Cádiz) durante los años 1810 y 1811, se halla la influencia del gobierno británico, en la persona de un Wellesley, ascendido al grado de capitán general español y al ducado de Wellington tras la batalla de Talavera.

En 1811, una vez perdida la estratégica plaza de Badajoz, se producen los citados intentos de coordinar operaciones de cierta envergadura, que dan como resultado dos campañas aliadas. Graham protagonizaría un nuevo desplante a sus aliados al retirarse unilateralmente del campo de batalla de Chiclana, volviendo a Cádiz e impidiendo a La Peña culminar la operación prevista, tras combatir en una acción absolutamente descoordinada horas antes, en la playa de la Barrosa y el Cerro del Puerco. La siguiente campaña se dará nuevamente por presiones británicas, haciendo valer Wellesley su grado de Capitán General español ante las Cortes. Una fuerza expedicionaria al mando de Blake, miembro de la Regencia que excepcionalmente es autorizado a ejercer el mando directo de tropas para la ocasión, sale de Cádiz por mar y tras desembarcar en Huelva, sube en dirección a Badajoz. Wellington cae al fin en la cuenta de la importancia de aquella ciudad para el flanco derecho de su ejército<sup>28</sup>, y la campaña culmina con la batalla de La Albuera el 16 de mayo. La insistencia de Castaños, jefe ahora del 5º Ejército, jugará decisivamente<sup>29</sup> en que los siempre reacios británicos presenten batalla a los imperiales. Pero a pesar de la victoria en la colina de La Albuera, el año termina sin que se pueda recuperar Badajoz, que no caerá en manos aliadas hasta la ofensiva británica de abril de 1812, coincidente

<sup>28</sup> «I have not yet received the consent of Castaños and Blake to the plan of co-operation which I proposed for the siege of Badajoz: and I have been obliged to write to Beresford to desire him to delay the siege till they shall positively promise to act as therein specified». Wellington a Liverpool, Secretario de estado, Villa Fermosa, 7 mayo, 1811. (Dispatches of the duke of Wellington).

<sup>29</sup> IHCM-AGMM. 2ª sección. Legajo 3, carpeta 32.



La carga de la caballería Imperial contra las tropas españolas en la llanura de Medellín según un grabado de Philipoteaux.

con la disminución de efectivos imperiales en la Península y los preparativos de Bonaparte para la invasión de Rusia. Un contraataque francés hará que Wellington se retire de nuevo a Portugal, cediendo todo el territorio ganado, incluyendo la capital, Madrid. Poco de esto se trasluce en la historiografía española y británica. El Lord hacía un cuidadoso uso de sus partes y despachos oficiales, modificándolos según le era conveniente ante los políticos británicos, españoles o portugueses<sup>30</sup>. La edición de la recopilación de los *Despachos* de todas sus campañas, que vio a la luz entre 1834 y 1839, fue escrupulosamente supervisada y censurada por él mismo.

La Península Ibérica siempre fue un teatro secundario para los intereses británicos en la lucha contra Bonaparte. Lo prueba la multiplicidad de esfuerzos que efectuaron en otras zonas, y la cantidad de tropas disponibles en las Islas Británicas, que iban turnándose cómodamente para servir en los diferentes frentes. Al mismo tiempo que Wellesley apenas contaba con 20.000 hombres en los campos de Talavera, se enviaba una expedición de 100.000 ingleses contra Amberes<sup>31</sup>, y más de 10.000 a Sicilia. Entre mediados de 1812 y finales de 1813, en plena guerra contra los EE.UU., desembarcaban más de 12.000 hombres para reforzar la guarnición de Canadá o atacar plazas costeras enemigas<sup>32</sup>, incrementando los efectivos hasta llegar a los 40.000 en 1814. Es también significativo constatar cómo las unidades más potentes de la Guardia Real no llegarán a España hasta finales de 1812, sólo para la ofensiva final de Vitoria. Paradójicamente, lo que empezó como un frente de distracción, se convertiría gracias al sacrificio de los españoles, en el principal para la invasión y derrota de Francia. Probablemente el propio Wellesley conservó siempre mucha más confianza de la que aparentaba en la capacidad de resistencia de aquellos *Spaniards*, aunque los denigrara frecuentemente en sus escritos, cartas y memorias, redactadas para justificar su actuación y pensando en que sirvieran como monumento a su persona en la posteridad. Como ha establecido acertadamente Julio Albi, la *Guerra Peninsular* y la *de La Independencia* fueron dos conflictos distintos. Para los británicos, un frente secundario lejos de la seguridad de las islas, y para los españoles, una lucha que se extendió seis largos años en su propio suelo, en cada pueblo, cada ciudad y tras cada recodo del camino.

---

<sup>30</sup> Sobre este tema es interesante el trabajo de WOOLGAR, C.: *Writing the despatch: Wellington and the official communication*. [www.archives.lib.soton.ac.uk](http://www.archives.lib.soton.ac.uk)

<sup>31</sup> 40.000 soldados, 6.000 caballos y 144 piezas de artillería, en 245 buques con una tripulación de otros 60.000 marinos. La mayor expedición organizada por Gran Bretaña hasta entonces. (CHAR-TRAND, R: «Le Walcheren des anglais», en *Soldats napoleoniens*, marzo 2009.

<sup>32</sup> McGUIGAN, R.: *The British Army Stationed in British North America 1812-1815*, [www.napoleon-series.org](http://www.napoleon-series.org).

Necesario es a estas alturas reconocer nuestra carencia endémica en capacidad organizativa militar, comparada con la británica o francesa. Es destacable la obsesión de las Juntas Provinciales por crear regimientos nuevos con el afán de que llevaran los nombres de las respectivas ciudades o pueblos, al mismo tiempo que se ponía al frente a notables locales, normalmente sin la mínima capacidad militar. Lo deseable hubiera sido racionalizar el esfuerzo, aumentando la fuerza de las unidades veteranas y sus cuadros de mando. Significativo es también que los políticos de la Junta Central y las Cortes se obcecaban en no querer nombrar a ningún militar español como comandante en jefe, y que se terminara por designar para el puesto a un extranjero. La terquedad en no poner en manos profesionales los asuntos estrictamente militares y operativos fue una constante del poder político durante la contienda. Así se explica la opinión que sobre la conducción de la guerra recogió el británico Whittingham tras el desastre de Medellín de boca de los mandos españoles: *«Cuando más se pierde, más se gana, y que muchas sangrías eran menester para restablecer la salud del cuerpo político»*. Frase que resume la frustración de unos militares obligados a entablar batallas campales una y otra vez a lo largo de los años 1808 y 1809, ordenadas por las Juntas, sabiendo que los soldados que componían aquellas unidades, sin haber tenido tiempo para instruirse, estaban abocados al fracaso ante el ejército más preparado de Europa. En este contexto suenan huecas las conocidas frases de Wellington, en agosto de 1809, tras Talavera: *«He encontrado tantos malos comportamientos de los españoles y tan pocas ocasiones en que hayan actuado bien que creo que son tropas en las que no se puede confiar»*. Y aún más comparadas a las escritas por él mismo en septiembre de 1813, tras la batalla de san Marcial: *«Los enemigos fueron rechazados y arrojados al otro lado del río del modo más bizarro por las tropas españolas cuya conducta fue igual a la de las mejores tropas que jamás he visto empeñadas»*.

A estas circunstancias hay que añadir la falta de recursos económicos que mantuvieron casi siempre en la miseria a nuestras tropas, para comprender una persistente visión negativa de los extranjeros, aunque no la exageración ni ese empeño en minusvalorar la resistencia de los españoles. Quizás la reflexión del teniente británico Moyle Sherer<sup>33</sup> en septiembre de 1809 ante las opiniones despectivas de sus camaradas pudiera explicar algunas cosas: *«Confieso que me sonrojé por su falta de información y generosidad. Despreciaban el valor español de modo grave y además inmerecido (...) la perseverancia heroica con la que los españoles aguantaron la fatiga, el hambre, la miseria y la derrota; la resolución imperecedera con la que,*

---

<sup>33</sup> MOYLE SHERER: *Recollections of the Peninsula*. Londres, 1823.



*aunque completamente derrotados a diario, aún se presentaban ante las legiones victoriosas de un enemigo valiente y hábil y se retiraban de un campo de batalla para ofrecerse de buena gana como víctimas en otro; o el heroísmo sin par con el que, sin distinción de edad o de sexo los habitantes de Zaragoza y de otras ciudades las defendieron son hechos todos que deberían haber sido considerados por mis compatriotas (...) Pero el Ejército Británico no tiene responsabilidad en la idiotez e ignorancia de muchos que no merecen el honor de haber sido admitidos en su filas».*

Ya he lamentado como la historiografía anglosajona, siguiendo la pauta de los autores decimonónicos, denigra sistemáticamente el papel de los españoles, o bien simplemente lo ignora. Los ejemplos abundan: omitir cómo los soldados españoles del marqués de la Romana se sacrificaron a miles para cubrir las espaldas de las tropas de Moore por León y Galicia en el invierno de 1808; o cómo las dos divisiones agregadas a Wellington en la campaña del Tajo –Alburquerque y Bassecourt– que le apoyaron en la batalla de Talavera, *no existen* en los libros ingleses, como el parte oficial de Wellington, elogioso para los españoles<sup>34</sup>.

### EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN OPERACIONES

*En toda la campaña hubo un general valiente, que nos haría invencibles: el general «no importa». Si perdíamos una batalla, nos daba nuevo aliento contra el enemigo y siempre estaba al frente de la vanguardia. Su nombre será inmortal.*

Julián ALONSO, sargento de cazadores numantinos. *Memorias*.

Resulta complicado seguir las vicisitudes que sufrieron los diferentes ejércitos españoles organizados por la Junta Central primero, y las Cortes-Regencia, posteriormente. En el cuadro que se ofrece al final se ha intentado sintetizar, creo que por vez primera, sus diversas denominaciones, mandos y trayectorias y las operaciones principales sostenidas durante la contienda. Además de la multiplicidad de autoridades –juntas provinciales, Junta Central, Regencia– el desbarajuste de la organización –múltiples ejércitos y divisiones independientes, regulares y de guerrilla, con mandos diferentes y separados geográficamente– había que contar con un continuo trasvase de unidades de unos a otros, los frecuentes relevos y destitu-

<sup>34</sup> Sobre otras visiones críticas con la historiografía británica además de obras francesas, puede verse HOFSCHRÖER, P: *Waterloo*. Ariel, Barcelona, 2005.

ciones, la peliaguda cuestión de los ascensos por méritos de guerra, que encumbraban a puestos directivos a unos relegando a otros más antiguos, etc. Estas circunstancias que tanto influyen en la moral de las tropas, no lo son menos para la de los oficiales, y ayuda a comprender los frecuentes encontronazos entre mandos españoles y las difíciles relaciones que en ocasiones se dieron entre ellos.

Un ejemplo de lo dicho fue la campaña del año doce por Valencia, Alicante y Aragón, donde se superpusieron tropas del segundo y tercer ejército. Blake intentó que las divisiones guerrilleras de Durán y el Empecinado operaran bajo la dirección de las regulares del conde de Montijo para aliviar la presión sobre la capital valenciana. El resultado fue nulo, al producirse continuos problemas para operar en una zona esquilada y ocupada por el enemigo, donde sólo pequeñas unidades podían sobrevivir, con los guerrilleros resistiéndose a obedecer las órdenes que les abocaban a combatir perdiendo sus ventajas naturales. Igualmente se producía el enfrentamiento personal entre los generales Mahy y Villacampa por el mando de los restos del 2º Ejército, o de Roche y Cruz en Alicante, que en el fondo obedecían al viejo problema de no respetar la antigüedad, las diferentes procedencias profesionales, y la falta de un mando unificado que estableciera orden en mitad del caos organizativo provocado por la contienda. Muchos historiadores olvidan que esta situación, fruto de la naturaleza humana, se ha dado siempre y se dio entonces en todos los ejércitos. Sólo recordar los continuos conflictos entre los mariscales de Napoleón en España: Lefebvre, destituido en 1809 por internarse en Extremadura desoyendo las órdenes del rey José; las peleas entre Ney y Soult en la campaña gallega de 1809; las disputas entre Massena y Soult en Portugal en el invierno de 1810 que obligaron a Bonaparte a reorganizar sus ejércitos en España; la desobediencia de Soult a replegarse de Andalucía tras la campaña de Arapiles de 1812, etc.

Un aspecto fundamental fue el frecuente cambio en los comandantes en jefe españoles, motivado por los relevos de cariz político de los mandos menos dispuestos a seguir las directrices de las Juntas o las Cortes, aspecto que ya se ha tratado. Sintomático fue el caso de un Castaños, el general que consiguió la victoria más destacada de la Guerra, relevado del mando a finales de 1808 por sus diferencias con la Central. Repuesto en él de un débil 5º Ejército tras el fallecimiento de la Romana, fue postergado de nuevo en la campaña final de 1813-14, prefiriéndose enviar para operar al norte al Ejército de Reserva de Andalucía al mando de Freire, un general más proclive a las Cortes. Ya hemos visto como no había muchos dispuestos a lanzarse al sacrificio propio y al de sus bisoños soldados. Al mariscal de campo Benito San Juan se le envió a Somosierra con una misión imposible: detener a un

Cuerpo de ejército enemigo reforzado con la Guardia Imperial y Bonaparte al frente, con sólo 5.000 soldados mal armados. El resultado le costaría la vida. No es de extrañar que fuera difícil encontrar un teniente general dispuesto a ponerse al mando del Ejército del Centro para la campaña del invierno de 1809 tras la destitución o dimisión de varios jefes sucesivamente. La Junta Central observaba: «*Un general que no ha recibido desde su juventud una educación propia para sus sublimes funciones o que no lo ha adquirido en los campos de batalla, no puede mandar con fruto a una tropa y oficiales que hasta el momento de presentarse en sus compañías no habían tomado una arma en sus manos, y no dudamos que esta es la causa de no haber sacado partido del valor individual de nuestros soldados tan superior al de todos los de Europa, y lo es también de las dificultades que tiene el gobierno de encontrar quien supla aquellas disposiciones*»<sup>35</sup>.

En realidad, a las muchas derrotas siguieron un sinnúmero de pequeñas acciones, donde los imperiales fueron dejando muchas bajas y gran parte de su moral y voluntad de resistencia. El papel jugado por los cuadros de mando españoles ha sido valorado también despectivamente en numerosas ocasiones por los observadores extranjeros. Es innegable la falta de experiencia de combate de gran parte de nuestros oficiales. Sólo los más veteranos contaban con la conseguida en las campañas de Orán y Argel, la inmediata campaña de los Pirineos de 1793-95 –combates de montaña y pequeñas operaciones– el servicio en buques de la Armada, o el paseo militar que fue la «Guerra de las naranjas» de 1801. Enfrente, los imperiales llevaban años de experiencia de combate, y estaban acostumbrados a un algo más ordenado sistema de ascenso por méritos de guerra. El hecho de que se improvisaran miles de oficiales –retirados, separados del servicio o simples civiles sin ninguna formación– para cubrir las necesidades de la movilización y las nuevas unidades, sin que se crearan hasta muy avanzada la Guerra academias y colegios militares, lanzó al combate regimientos sin ninguna confianza en sus propias capacidades. Es decir, con nulo *espíritu de cuerpo*, «*aquel que hace que los militares teman más a la censura de sus compañeros que al rigor de las leyes establecidas*»<sup>36</sup>, con los resultados que cabía esperar. El capitán López de Barañano, huido de Madrid en julio de 1808 con otros compañeros para incorporarse al ejército de Cuesta, recuerda: «*El dicho Ejército Había pasado a Rioseco con lo que proseguimos la marcha hasta dicha villa donde nos*

<sup>35</sup> Archivo del Congreso de los Diputados. Junta Central, *Memoria documentada acerca de las operaciones del ejército y disposiciones tomadas para sostener la guerra*, Secc. III, folio 18 y sig. (cortesía de D. Juan J. Sañudo).

<sup>36</sup> CABANES, F.: *Ensayo acerca del sistema militar de Bonaparte*, (traducción) Isla del León, 1811.

*presentamos al general, (...) Al Cadete le nombraron Ayudante<sup>37</sup> de uno de aquellos tercios de paisanos y a mi Sargento Mayor<sup>38</sup> del 2º de Benavente, compuesto de gente que acababa de venir de sus casas».*

Otro problema importante era saber a qué normas, organización y reglamentos atenerse. En cuanto a la táctica de infantería, en 1798 se había aprobado por el gobierno la traducción del reglamento francés de 1793, pero acontecimientos políticos posteriores la dejaron en suspenso, lo que provocó una confusión en que cada Cuerpo maniobraba según las normas que aplicaba su coronel. No fue hasta el año 1807, cuando, al tener que operar en conjunto con las tropas francesas en Portugal, se imprimió y ordenó utilizar de nuevo el reglamento traducido del francés, ya sin tiempo material para que se difundiera su conocimiento y se practicara antes de la Guerra<sup>39</sup>. Igual ocurrió con el de caballería, al resultar suspendidas en 1798 las reformas encomendadas al marqués de Casa-Cagigal, que partieron del reglamento francés de 1788.

Más discutibles son las tesis de algunos historiadores que achacan el mal comportamiento de nuestras unidades a la mala calidad de los oficiales regulares. Francisco J. Cabanes, oficial que sirvió en Cataluña y en el 4º Ejército, dejó numerosas y acertadas reflexiones sobre la Guerra. Reconoce el problema de ascender «entre algunos militares dignos de salir de una vez de las clases de subalternos, otros indignos por su ineptitud de tener la consideración y mando». Era un problema común, pero no privativo de España. Esdaile<sup>40</sup>, usa como siempre parcialmente los testimonios que le interesan, e insiste en la falta de capacidad de los oficiales, su absentismo o su exceso en el equipaje, como si fueran cuestiones ajenas a otros países. Como muestra de una supuesta frecuente cobardía ante el enemigo, cita la orden de la Junta Central de privar a los subalternos de caballos. La realidad no es tan simple. Napoleón había ordenado lo mismo años antes en sus ejércitos por economía (los caballos devengaban plazas de pienso, monturas, rendajes, etc.) y entender que facilitaba el mando directo de los subalternos; los mismos motivos económicos y la crónica escasez de monturas del ejército español hizo que en varias ocasiones se privara de monturas a los oficiales (nunca a los jefes). Incluso a veces se emplearon los de una división para montar un regimiento de caballería. Por otro lado, era frecuente entre los oficiales de la

<sup>37</sup> Encargado de los servicios, órdenes y secretario del coronel del regimiento.

<sup>38</sup> Encargado de la administración y la instrucción, además del mando de uno de los batallones.

<sup>39</sup> CABANES: *Historia de la Guerra de España contra Napoleón Bonaparte*, Tomo I. Madrid, 1818. Pág. 146-148.

<sup>40</sup> ESDAILE: *The Peninsular War, a new history*, Londres, 2002. pp 123-124. Curiosamente al traducir la cita de Cabanes al inglés, el historiador sustituye la palabra «otros» del original por «muchos».

época –de todos los países– la figura del *agregado* o *disperso*, o el obtener licencias para ocuparse de asuntos propios, cosa que no podía hacerse sin autorización y pasaporte, aunque sí más fácil de obtener para aquellos que tenían influencias de familia o amistades. Lo mismo que el paso a un Cuartel General en el empleo de «ayudante de campo», aunque el número de éstos estaba reglamentado y por tanto las excepciones serían responsabilidad del general correspondiente. En todas las épocas y todas las guerras ha habido oficiales que cumplieron con su deber y otros cuyo comportamiento fue execrable.

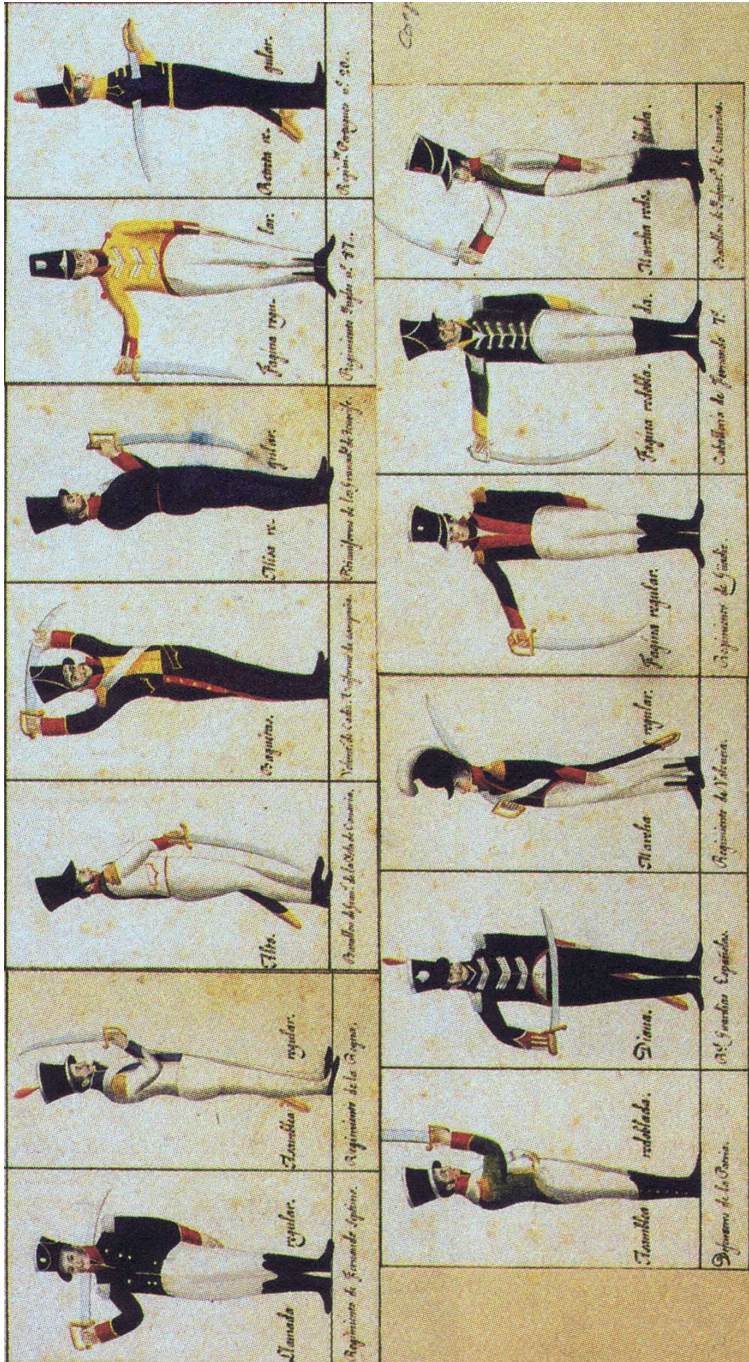
Es infantil ignorar, como hacen muchos autores británicos, que estos casos eran comunes a todas las naciones de la época. Se pueden citar los de los muchos oficiales británicos que extendían su tiempo autorizado de permiso en Lisboa, los que malversaban fondos o los cobardes, como el teniente coronel Peacocke del Regimiento 71º, en diciembre de 1813. Tras ordenar la retirada a sus hombres, huyó al galope a la retaguardia, donde se dedicó a golpear a los muleros portugueses<sup>41</sup>. Es también harto significativo constatar como las listas de revista de los regimientos británicos acusan una disminución de efectivos de oficiales en las mismas fechas en que pasaban la frontera de Portugal para combatir<sup>42</sup>. A pesar de que sólo estaba autorizado a los oficiales a llevar sus pertenencias en una bestia de carga, era frecuente que tuvieran hasta tres, como recuerda el cirujano Thomas Maynard de los Coldstream Guards: «*solo se nos permite media bestia, pero nos vemos forzados a tener tres, por lo que tenemos que adquirir forraje a un precio exorbitante*». O recordar como era práctica común la compra y venta de los empleos hasta el grado de teniente coronel, siendo frecuente que un oficial entrara en combate sin ningún tipo de formación militar previa. En cuanto a la calidad de los generales, cabe recordar lo escrito por Wellington: «*Cuando reflexiono en las capacidades y éxitos de algunos de los oficiales generales de este ejército (...) en los cuales debo confiar (...) tiemblo. Solo confío en que cuando el enemigo lea la lista de sus nombres, tiemble también*»<sup>43</sup>. La opinión que le merecían sus propios soldados es conocida: «*Son la auténtica hez de la tierra*».

Aquella mezcla irregular de unidades veteranas con otras improvisadas, que daba tan peculiar aspecto a nuestras tropas, asombraba a los extranjeros. Un típico observador británico, el capitán Leith, no exento en otros tex-

<sup>41</sup> UFFINDELL, A.: *The National Army Museum book of Wellington's armies*. Londres, 2003. pp. 160 y sigs.

<sup>42</sup> SANUDO: *Op. Citada*. Efectivos de los regimientos británicos 1809 -1813.

<sup>43</sup> Supplementary despatches, correspondence and memoranda of F. M. A. Duke of Wellington vol. 6, p. 582.



Tropas de guarnición en Cádiz en 1810 según la lámina de Pereira Pacheco (Biblioteca Municipal de Sta. Cruz de Tenerife). Obsérvese la variedad de uniformidad y colores distintivos.

tos de los consabidos prejuicios antiespañoles, vio el paso de una columna en Talavera en 1809, y el aspecto que debieron presentar frecuentemente nuestros antepasados<sup>44</sup>: «*entre nubes de polvo, podían distinguirse grupos desordenados de hombres hablando, medio armados, medio uniformados; luego regimientos en orden perfecto; caballería, oficiales de estado mayor, bandas de música, rebaños de ovejas, bueyes; artillería, coches, carretas, furgones; todo daba variedad a la escena singular, confusa y animada, que observábamos, olvidando momentáneamente que todo estaba relacionado con nuestra propia existencia*».

La carencia de cuadros de mando fue escandalosa, pues aún dejando desprovistos de gran parte de sus oficiales y sargentos las unidades veteranas para encuadrarles en las de nueva creación, hubo de acudirse a los retirados, e improvisar de la nada mandos sin ningún conocimiento y poca capacidad. Si es cierto que hubo reclutas mejor uniformados que los veteranos, y algunos provistos con armas británicas nuevas, la mayoría combatió con el *traje del país*, como relatan los observadores británicos, y sin apenas instrucción de combate. En cualquier caso, estas unidades se disolvieron causando los miles de muertos, heridos y desertores hambrientos del invierno de 1808.

La coexistencia de oficiales improvisados provenientes del ámbito civil, con otros ascendidos del ejército regular, fue otra de las características de la Guerra de la Independencia. No olvidemos que ya en tiempo de paz, los oficiales de un regimiento español se componían de un tercio provenientes de la clase de sargentos, y el resto entraban directamente de cadetes, lo que introducía diferencias de edad, origen social, experiencia y competencia, pero nunca tan acusadas como durante la contienda. Sólo los cuerpos facultativos de Artillería y sobre todo, Ingenieros, con sus misiones muy especializadas y muchos de sus oficiales jugando un importante papel en los cuarteles generales, conservaron una composición más homogénea de origen. En varias ocasiones a partir del año 1809 el gobierno recibió peticiones para que se anularan los ascensos concedidos por las Juntas, por los problemas ya mencionados de falta de competencia en combate de aquellos. Pero la situación no varió, y continuaron haciéndose cuadros y promocionándose no pocos individuos sin formación ni capacidad. Por otro lado, se facultó a los generales en jefe a conceder ascensos y grados por méritos contraídos en el campo de batalla<sup>45</sup>, dando cuenta a la Junta, con lo que se incrementó la confusión. Además, a partir de 1810 comenzaron a militarizarse las guerrillas más importantes –Empecinado, Sánchez, Longa, Mina, etc.– otorgán-

<sup>44</sup> LEITH HAY, A.: *A narrative of the peninsular war*. Londres, 1832, Vol. I.

<sup>45</sup> Real Orden de 5 de enero de 1809.

dose graduaciones militares en su seno, con lo que aumentó el número de oficiales provenientes del ámbito civil. En realidad gran parte de los procedentes del Antiguo Régimen habían desaparecido como consecuencia de los combates, ocupaban puestos en los estados mayores o habían ascendido a empleos que en no pocos casos excedían también sus capacidades. Muchos sargentos ascendieron a oficiales, provocando algunas disfunciones, como dice Cabanes<sup>46</sup>: «El gobierno (...) debiera haber previsto y evitado sus inconvenientes, cuidando con mayor esmero de la educación física y moral de unos hombres a quienes permitía aspirar y ascender hasta las primeras jerarquías del estado, y que por desgracia carecían, generalmente, aun de la cultura indispensable para llenar con decoro los grados mas inferiores de la milicia». Pero otros siguieron al pie del cañón y al frente de sus hombres ante el enemigo. El marqués de Zayas en su parte de la batalla de Talavera (28 de julio de 1809) cita como distinguidos al comandante del batallón de Canarias, José Arniaga, de 70 años, que «a pesar de su avanzada edad se condujo con actividad y acierto» y a «la guerrilla<sup>47</sup> del regimiento de Cantabria que sostuvo el fuego en la tarde del 18 en el olivar, mandada por un oficial de aquel regimiento de la edad de 13 años, el que se condujo con una intrepidez increíble».

Dejando aparte la cuestión de su mayor o menor eficacia, esta multiplicidad de procedencias, en la que destacaba la de paisanos, es una muestra más de la histórica simbiosis pueblo-ejército a la que hacíamos alusión, que se produjo en la Guerra de forma tan acusada. La supresión de las pruebas de nobleza para formar parte del cuerpo de oficiales decretada por las Cortes, habría significado la culminación de esta simbiosis. Pero como toda la obra de 1812, la reacción borbónica atrasaría su asentamiento, al igual que introduciría un elemento distorsionador al no permitir que los mandos procedentes de la guerrilla se integraran en el Ejército, confinándolos en la Milicia Provincial. Por último, ha de mencionarse el acusado carácter liberal de parte de los cuadros de mando influenciados por el irregular sistema de ascensos por méritos, el desbarajuste en la organización y el mando, y la fuerte carga ideológica en que se vivió –revolución popular, juntas, masonería, Cortes– especialmente en los tramos finales de la contienda, y que sería el germen de los graves conflictos que se produjeron a partir de la restauración absolutista y en las campañas de América, desembocando en la

---

<sup>46</sup> CABANES: *Historia de la Guerra de España contra Napoleón Bonaparte*, Tomo I. Madrid, 1818. Pág. 150.

<sup>47</sup> Soldados que se destacaban del grueso de la unidad para actuar como tiradores y cubrir la formación propia.



Guerra Carlista de 1833. Como reclamaban Cabanes<sup>48</sup> y otros, se precisaba profesionalizar a los oficiales y aumentar su instrucción en las academias, además de darles un salario digno, regular las ordenanzas, el uniforme, el cuerpo de Estado Mayor, etc.

Los oficiales de infantería ejercían el mando dentro de las formaciones lineales, los capitanes y tenientes en la primera fila y el resto en las siguientes. El ejemplo personal era fundamental para liderar a los subordinados, como lo ha sido siempre en la historia. Es interesante acudir a la *ratio* clásica de las guerras napoleónicas, que compara el número de bajas de soldados y las de oficiales, y que oscila según las batallas y las épocas, entre un cuatro y un diez por ciento de las bajas de la tropa. Pueden verse los ejemplos de Austerlitz (1805) donde el número de oficiales muertos fue el 7'6% del de tropa, (95 oficiales y 1.250 soldados muertos); Jena (1806) con 258 y 6.794 respectivamente, o sea 3'8 % de bajas de oficiales respecto a tropa; Bailén (1808) con unas bajas de 166 oficiales y 2.444 soldados (un 6%); La Albuera (1811) con unas bajas españolas de 82 oficiales y 1297 de tropa (el 6'3% de oficiales de las de soldados); Edmonds da para los británicos en Talavera, Arapiles y Vitoria unas cifras de bajas de oficiales que suponen el 5'5% de las de tropa; y Houdaille para toda la campaña de España unas cifras francesas que suponen el 7% respecto a la tropa. Como vemos, los porcentajes de oficiales caídos en combate, no dan razón para sospechar que los oficiales españoles no cumplieran con su deber en menor grado que sus colegas británicos o franceses.

Si hubo quien demostró falta de capacidad en el mando o de carácter, o procuró «ubicarse» lejos del frente –fenómeno que se da en todas las guerras– o desertó para continuar en la más cómoda vida de la guerrilla, muchos otros sí cumplieron con su obligación. Como dejó escrito uno de ellos: «*Si a mi regreso del norte hubiera imitado la mala conducta de muchos que desertando del ejército marcharon a sus países a aumentar las guerrillas, de seguro hubiese ascendido y padecido menos, porque sabido es que en un ejército es más difícil distinguirse que en una guerrilla; sabido es también que las penalidades que sufre un ejército no se sienten en una guerrilla. (...) Y sin embargo, cumpliendo con mi deber no me separé del ejército y sufrí todas las consecuencias. En ello y sólo en ello cifro mi orgullo*»<sup>49</sup>.

<sup>48</sup> CABANES: *Ensayo acerca del sistema militar de Bonaparte*. Isla del león, 1811

<sup>49</sup> SARASA, J.: *Vida y hechos militares del mariscal de campo d. Juan Manuel Sarasa*. Pamplona, 1953.

## LA TROPA

*El oficial no es dueño de la obediencia del soldado sino mientras dure el silencio y orden.*

General José DE ZAYAS, 1811.

Luis Lejeune, coronel de ingenieros, combatió como edecán en la Guerra de España. Además fue uno de los pintores más distinguidos de la época. En sus pinturas de las batallas españolas, que se conservan en Versalles, retrató a los soldados españoles que vio muchas veces de cerca. Es muy interesante apreciar tanto su vestuario como sus expresiones. Algunos visten uniformes, pero muchos llevan una pintoresca indumentaria, en la que algunas prendas militares se completan con civiles, reflejando las dificultades de suministros que ya hemos citado. Sus lienzos iniciales estaban muy orientados a la glorificación de las batallas culminantes de la era napoleónica. En su recreación de la batalla de Somosierra, realizada en 1809, el papel que asigna a los españoles es el de prisioneros humillados, pero en su obra de madurez, el famoso episodio del 2º sitio de Zaragoza, su representación del enemigo presenta un análisis mucho más psicológico, concediéndole una mezcla de orgullo, determinación y heroísmo<sup>50</sup>. Así, vemos a los defensores, de ambos sexos y todas las edades, unidos en una lucha a muerte, en la que se mezclan la indumentaria civil, religiosa y militar, símbolo de esa unión pueblo-ejército que pudo comprobar en primera persona.

La situación del Ejército Español al comienzo de la Guerra ha sido analizada en varios trabajos recientes<sup>51</sup>. Antes de mayo de 1808 se encontraba muy debilitado por los cuerpos que se habían enviado a Dinamarca y Portugal, de donde solo se salvaron algunas unidades. En realidad, los franceses no encontraron un enemigo equivalente al que habían enfrentado en Prusia, Austria o Rusia, pues en su mayor parte, el ejército regular dejó de existir entre las desertiones y desorganización producida antes y durante el levantamiento de mayo y junio de 1808. Por ello, chocaba a los observadores

<sup>50</sup> Episode du deuxième siège de Saragosse en 1809, assaut du monastère de San Engracia, le 8 février 1809 (realizado en 1827).

<sup>51</sup> CÁCERES ESPEJO, C.: *El ejército de Andalucía en la Guerra de la Independencia*. Málaga, 1999; GUERRERO ACOSTA, J.: «El ejército español en la guerra de la Independencia» en *Primeras Jornadas sobre la Batalla de Bailén y la España Contemporánea*, Jaén, 1999, y «De Pensacola a Trafalgar y de Stralsund a Espinosa: gloria y muerte del ejército real borbónico» en *Aproximación a la historia militar de España*, Vol. 2, Madrid, 2006; SAÑUDO J.: «El ejército español y la táctica militar» en *La Guerra de la Independencia, (1808-1814): el pueblo español, su ejército y sus aliados frente a la ocupación napoleónica*, Madrid, 2007, y «El Ejército español: el gran olvidado» en *II Seminario internacional sobre la Guerra de la Independencia*. Madrid, 1996.

extranjeros el contraste entre las unidades nuevas y las veteranas: «*El primer regimiento que encontré en Quincoces fue uno de Granaderos de Galicia, una espléndida unidad, mejor uniformada y mandada que las tropas españolas que había visto previamente...*»<sup>52</sup>. Otros coetáneos, menos agudos, no fueron capaces de entender esta diferencia. Algunos autores actuales, tampoco.

Como ha ocurrido siempre a lo largo de la historia, la moral del soldado está influenciada por una serie de factores, entre los cuales la confianza en sus jefes y compañeros y en la propia instrucción, son determinantes. En el campo de batalla de la época napoleónica se combatía en formaciones cerradas, donde el orden y la disciplina eran imprescindibles para guardar la formación de las largas líneas de la infantería, a pesar de sufrirse el fuego de mosquetes y cañones del adversario. Y muy importante saberse cubiertos por la caballería propia de los sables y espadas de la potente caballería enemiga, y tener superioridad —o al menos igualdad— de artillería. Sólo en contadas ocasiones los soldados españoles lo tuvieron, pues lo corriente fue todo lo contrario. En la primera mitad de la Guerra cada batalla era una nueva batalla, para unas unidades que, destrozadas en la anterior, habían tenido que reformarse casi de la nada. En ocasiones, las unidades bisoñas se desbandaban al recibir los primeros disparos o en cuanto el enemigo se aproximaba con paso decidido, contagiando a las más próximas. La falta de disciplina provocaba una algarabía de voces frente al enemigo, con los consabidos gritos de; *¡Que nos cortan! ¡Estamos perdidos! ¡Huyamos!*. El bando de Godoy de 1801, actualizado por una Real Orden de 3 de enero de 1809 de la Central, autorizaba a imponer la pena de muerte en el acto a los autores de estos gritos, por la facilidad con que se propagaban, contagiando el pánico. La víspera de la batalla de Talavera ocurrió la desertión ante el ataque enemigo de numerosos soldados de los regimientos de Osuna y Badajoz, de la 3ª división Portago. Según los historiadores británicos, muy proclives a publicitar este hecho, ésta se produjo sin que mediara ningún ataque enemigo, al asustarse los soldados bisoños ante el ruido de sus propias armas. Como es lógico para quien comprenda el mecanismo de cualquier batalla campal, durante la noche se produjeron diversas escaramuzas y combates menores entre partidas avanzadas, como consecuencia de alguno de los cuales, se produciría la citada huída de parte de algunas unidades. Lo que es menos conocido es que al día siguiente, el resto de los soldados de esas mismas unidades combatieron correctamente durante la batalla, según consta en el parte de su general en jefe. Cuatro días más tarde se produjo

---

<sup>52</sup> LEITH: Op. citada

el fusilamiento por sorteo de 25 de los desertores aprehendidos, siguiendo órdenes del gobierno<sup>53</sup>.

Es sabido como en la moral influye también el propio aspecto del soldado y su equipamiento. Era altamente insatisfactorio para un combatiente el no poder vestir un uniforme con propiedad, y saber que en caso de caer prisionero, los franceses asesinaban preferentemente a los que vestían el traje de paisano. Una *exposición del Estado Mayor del 6º Ejército* tras la batalla de Medina de Rioseco, no exenta de crítica justificada hacia el poder civil, puede tomarse como muestra de una situación muy frecuente sobre todo al principio de la contienda: *«eran hombres que el que mas estaba alistado hacía 24 días, sin mas armas que un fusil, pues bayoneta no llevaban los mas, por no tener dónde, sin cartuchera, sin resguardo alguno en su cabeza, y en fin, sin saber cargar ni disparar un fusil por no haberlo hecho jamás, ni haber sido posible enseñárselo por la precipitación con que se anhelaba sacrificarlos...»*. Sin embargo, la capacidad de resistencia del soldado español admiraba a los extranjeros, al observarlos impertérritos bajo una fuerte lluvia<sup>54</sup>: *«Ningún murmullo de desaprobación salía del soldado; aparentaban estar contentos y resignados; y fumando su cigarro permanecían en mitad de una situación que la naturaleza o la costumbre les era natural»*.

Otras veces, cuando sus jefes habían conseguido imbuir un precario espíritu de cuerpo, o el terreno aportaba un resguardo que suplementaba las carencias de instrucción, el comportamiento podía ser muy diferente. Tal cabría hablar de las tropas españolas en la batalla de Medellín. Encuadradas e instruidas en apenas dos meses por la constancia del general Cuesta y sus oficiales, se componían de una mayoría de reclutas cacereños. Ante las reiteradas exhortaciones de las juntas Central y de Extremadura, Cuesta se ve obligado a plantar batalla al mariscal Víctor, eligiendo combatir en la llanura existente entre la citada localidad, Don Benito y Mengabril, posición que consideró apropiada tras el río Guadiana. El comportamiento de aquellos reclutas fue ejemplar en el inicio de la acción, como cita el parte del brigadier José de Alós, jefe del estado mayor: *«No puede darse una idea del valor y entusiasmo con que atacaron, clamando todas las tropas al rey Fernando y a Sr. Cuesta; crea V. que se caían las lágrimas de gozo al ver el brío de nuestra gente, despreciando el gran destrozo que hacía en ella la artillería enemiga»*. A pesar de la resistencia de la infantería, la batalla fue una de las derrotas más sangrientas de los españoles, provocada, como tantas veces, por la mala actuación de la caballería, incapaz de proporcionar apoyo ade-

<sup>53</sup> Pi y Margall también se sumó al coro acusador contra Cuesta por este hecho, al que compara con un sanguinario pretor romano en su obra. Ver nota 25.

<sup>54</sup> LEITH: Op. citada

cuado y mucho menos enfrentarse a la superior enemiga. Un oficial inglés describió acertadamente el problema: «*Como toda tropa poco instruida, los españoles experimentaban una impresión exagerada sobre la imposibilidad de resistir una carga de caballería. Un estado de pánico se desencadenaba ante esta demostración de fuerza, cosa que no pudieron superar durante todo el curso de la guerra*<sup>55</sup>. *Tuvo consecuencias fatales en mas de una acción, donde sin embargo la infantería resistió bien, en igualdad incluso a las propias tropas imperiales*».

Tras varios años de guerra, los generales y los mandos subalternos fueron ganando en experiencia, y por observación del enemigo y aliados se fueron corrigiendo errores tácticos, como la carencia de tiradores destacados que protegieran las formaciones propias y que tantas bajas costó en Espinosa de los Monteros. En el Ejército de la Izquierda se ordenó la constitución de una compañía de tiradores o guerrilla<sup>56</sup> en cada regimiento, formada por un teniente y 50 hombres. En la batalla de Medellín, es decir a primeros de 1809, el Ejército de Extremadura ya haría un amplio uso de ellos. Son numerosos los tratados e instrucciones redactados, bien de forma particular o en el marco de los estados mayores. Destacan, los trabajos del ya citado Francisco Javier Cabanes, que atiende a cuestiones generales. En el campo táctico es interesante el realizado por uno de los mejores generales, José de Zayas, para la infantería, manuscrito en la Isla del León, en marzo de 1811. Entre muchas observaciones, señala la importancia de que «*el fuego no se rompa hasta estar a lo mas a 300 pasos del enemigo, no apresurase en ellos ni empezar desde luego por el graneado*», es decir, la importancia de la disciplina de fuego en descargas cerradas. El valor de sus observaciones se mostraría eficaz durante la batalla de La Albuera, cuando su división sería una de las que con más eficacia y orden sostendría el fuego contra la gran columna de ataque francesa, manteniendo la posición aliada. También son notables los trabajos publicados en 1813 en Lugo y en Valladolid<sup>57</sup> junto al editado por orden del general Freire para la caballería del 2º Ejército<sup>58</sup> en 1813, que intentaron racionalizar la complicada instrucción del jinete, la forma de combatir y de usar las armas propias, aunque hasta la aparición del reglamento de 1815 cada unidad operó según normas particulares y adaptaciones de reglamentos anteriores.

<sup>55</sup> *Íbidem*. En Alba de Tormes (1810) y la Albuera (1811) la infantería resistió adecuadamente a la caballería imperial.

<sup>56</sup> *Avisos militares para el Ejército de la Izquierda para la presente guerra*, 1808.

<sup>57</sup> *Nueva táctica para los movimientos y maniobras de la caballería*. Lugo imp. militar del 4º exercito y Valladolid, imp. de Roldán

<sup>58</sup> *Escuela del recluta de caballería*. Sevilla 1813, basado en un tratado del Teniente coronel Moxó, de la División Mallorquina.

Es fácil encontrar ejemplos sobre el mal comportamiento de los soldados españoles en la abundante bibliografía sobre *la francesada*, pero curiosamente, pocos autores se han molestado en buscar ejemplos sobre lo contrario. Quizás sea buena ocasión para sacar del olvido algunos nombres. Como el del cabo Antonio Martín, del Batallón de Voluntarios de Sevilla, que tomó de las manos del abanderado muerto la enseña de su unidad en la batalla de Ocaña y la mantuvo oculta debajo de su uniforme mientras estuvo prisionero, hasta que, fugado, la presentó en La Carolina a su general. O el del gastador del Batallón de Canarias Felipe Gallardo, que en julio de 1810, en las proximidades de Gaucín, en la serranía de Ronda, protegió a tiros de fusil la retirada de una guerrilla, cortando el paso al destacamento de dragones franceses que les perseguía por un desfiladero. El del cabo Vicente Manzano, de los Dragones de Pavía, que mató de una lanzada al general Paris en el combate de Ontígola, en noviembre de 1809, capturando sus papeles e insignias. En la batalla de La Albuera, la acción del granadero Juan Pastor, del 2º batallón de Guardias Españolas, que al retirarse de las alturas dónde sostuvo su compañía el fuego, un jinete polaco le embistió con la lanza, rompiéndole el capote. El granadero tuvo la sangre fría de separarse a un lado, apuntarle y derribarle del caballo. Por finalizar, recordar a Francisco Matos, cabo de Caballería de Línea de Cuenca, que en la acción de Almodóvar del Pinar (Cuenca) en junio de 1810, protegió a un húsar de Daroca que había caído de su montura y a otro compañero de las acometidas de los jinetes enemigos, hasta poder abrirse paso entre ellos y volver a las líneas propias salvando a sus compañeros.

Pero quizás la mejor demostración de que el combatiente español no fue de inferior calidad al de cualquier otro país, la daría paradójicamente un británico. Wellington, ante la imposibilidad de cubrir sus bajas por falta de voluntarios ingleses, autorizó en 1812 que en cada regimiento británico, a excepción de la Guardia Real y los Dragones, pudieran reclutarse un máximo de 10 españoles por compañía, de una altura mínima de 5 pies y 6 pulgadas (1'67 m). Serían tratados como los británicos, servirían durante la estancia en la Península, y entonces cobrarían un mes de paga para volver a sus casas. «*Serán excelentes reclutas porque en cuanto a apariencia, y actividad, el campesino español no tiene rival (...) son reclutas casi iguales a los nuestros en apariencia o fortaleza física.*»<sup>59</sup> «*Muchos de ellos fueron hechos cabos y por supuesto se hicieron merecedores de la consideración de sus nuevos camaradas, con quienes rivalizaron en toda ocasión en valor y determinación.*»<sup>60</sup>

<sup>59</sup> UFFINDELL, A.: *Op citada*, carta del Tte. coronel Warre, 28 de mayo de 1812.

<sup>60</sup> COSTELLO, E.: *Adventures of a soldier*. Londres 1852, pp 145



Soldados españoles en la Batalla de Chicliana (detalle del óleo de Louis Lejeune). Puede apreciarse la heterogénea composición de su vestuario.

La grave cuestión de la falta de equipo y medios económicos se mantuvo hasta el final. El informe a las Cortes<sup>61</sup> elevado recién terminada la Guerra desde Tolosa de Francia, en enero de 1814, sobre la situación del Cuarto Ejército, detalla como existía un déficit mensual de mas de 8'6 millones de reales para el sostenimiento mensual de las tropas *«sin contar las 1ª y 2ª divisiones que están a cargo de los británicos»*. En dicho informe, Estanislao Salvador, jefe de estado mayor del Cuarto Ejército concluía: *«...se ha hecho la campaña... ¡Con sacrificio de la vida de muchos de los valientes y dignos defensores que la principiaron: estando el soldado meses enteros a media ración de no buena calidad y especie: no hallando el enfermo y herido un hospital donde curarse; y finalmente viviendo todos en la mas abyecta miseria!...»*

A finales de 1811, Juan Moscoso, jefe de Estado mayor del 4º ejército, desengañado y desesperanzado ante carencia crónica de víveres, vestuario y pagas de sus subordinados –responsabilidad de la Junta provincial de Galicia– se dolía de la mala opinión que sus compatriotas tenían de las capacidades del soldado con esta rotunda sentencia, incluida en su informe al Estado Mayor General en el que presentaba su dimisión: *«...el militar, de quien se espera la injusta pretensión de que cada día sacrifique su vida sin recompensa alguna, para asegurar la tranquilidad de los que por tácito contrato debían desprenderse hasta de lo mas preciso para proporcionar el equilibrio de goces y penalidades que establece el orden social...»*

Desasistido las más de las veces, en continua recreación e improvisación, con grandes problemas de mando y orgánica... Así combatió el pueblo encuadrado en aquel ejército, que fue capaz de sostener la lucha durante seis largos años hasta la expulsión del invasor.

---

<sup>61</sup> *Representación que hace a las Cortes D. Manuel Freyre, general en jefe del 4º ejército de operaciones sobre la situación de la tropas de su mando. Tolosa, 1814*



EVOLUCIÓN EN LA DENOMINACIÓN DE LOS EJÉRCITOS ESPAÑOLES DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

<b>1808 (julio)</b>	Ejército de Cataluña (Palacios)	Ej° de Reserva o de Aragón (Palafox)	Ej° de Valencia y Murcia (Cervelló)	Ej° de Castilla y León (Cuesta)	Ej° de Andalucía (Castaños)	Ej° de Granada (Escalante-Réding)	Ej° de Galicia (Fianghieri)	Ej° de defensa de Asturias (Acevedo)
<b>1808 (oct)</b>	Ejército de Cataluña (Vives)	Ej° de Reserva de Aragón (Palafox)	Ej° del Centro (Castaños)	Ej° del Centro (Castaños)	Ej° de Madrid y los Puertos (San Juan)	Ej° Extremadura (Eguía)	Ej° de Galicia y Asturias o de la Izquierda (Blake)	
<b>1809 (marzo)</b>	1° Ej° Cataluña o de la Derecha (Réding)		2° Ej° de la Derecha o Valencia (Blake)	Ej° del centro o la Mancha (Infantado-Cartaajal)	Ej° de Extremadura (Cuesta)	Ej° de Extremadura	Ej° de la izquierda (Romana-Mahy)	
<b>1809 (sept)</b>	Ej° Cataluña o de la Derecha (Blake)		Cuerpos de Valencia (Caro)	Ej° del Centro y la Mancha (Venegas-Areizaga)	Ej° de Extremadura (Eguía)	Ej° de Extremadura	Ej° de la Izquierda (Dq.del Parque-Mahy)	
<b>1810 (febr)</b>	Ej° de Cataluña o de la Derecha (O'Donnell)	Tropas Teruel (Villacampa)	Ej° del Centro (Murcia-S° Morena-Huelva)			Ej° de Extremadura (Mendizabal)	Ej° de la izquierda (La Romana) Div. de Cádiz (Alburquerque) Div. Ballesteros (Huelva)	
<b>1811 (enero)</b>	1° Ejército (Cataluña)	2° Ejército (Valencia)	3° Ejército (Murcia)	4° Ejército (Cádiz-Huelva)	5° Ejército (Extremadura-Castilla)	6° Ejército (Asturias y Galicia)	7° Ej° (Cantabria-Vizcaya-Navarra)	
<b>1811 (sept)</b>	1° (Lacy)	2° (O'Donnell)	3° (Mahy-Zayas)	4° (Ballesteros)	5° (Castaños)	6° (Santocildes)	7° (Navarra, Vizcª, Castª) Mendizabal	
<b>1812-14 Wellington</b>	1° (Cataluña) Copons	2° (Murcia) Elío-Valdés	3° (Andalucía) Dq. Del Parque Ppe. de Anglona	4° (Galicia) Girón Freire	Ej° de Reserva de Andalucía O'Donnell	Ej° de Reserva de Lacy	5°, 6°, 7° Ej° Castaños	División Malloquina Alicante-Zaragoza-Madrid Whittingham